



medio de anillos de oro. Todo lo que aquellas flechas tocaban debía tener fin.

El noble caballero caminaba por fuera de la selva. Cuando las gentes de Gunter lo vieron venir, salieron á su

montarlo con una palanca, sino era él quien lo manejaba.

Todo su traje de arriba á bajo iba guarnecido con pieles de lince, y sobre las ricas pieles muchas láminas de oro brillaban á uno y otro lado del maestro cazador.

También llevaba la Balmung, larga y hermosa espada: era tan dura, que al dar un golpe partía un yelmo: su filo era bueno. El arrogante cazador iba sumamente alegre.

Por cuanto debo hacer una reseña exacta, sabed que su carcax iba lleno de flechas, cuyos hierros largos de un palmo, estaban engastados á los palos por

encuentro para tenerle el caballo. Amarrado á la silla llevaba el oso terrible y grande.

Cuando se apeó del caballo, desató la cuerda con que tenía amarradas las patas y el hocico del oso: los perros comenzaron á ladrar con fuerza. El animal quería volverse á la selva lo cual asustó á muchos hombres.

El oso asustado por el ruido, huyó hacia la cocina. ¡Cómo huyeron los cocineros lejos del fuego! Más de una caldera se volcó y más de un hacha cayó á tierra. ¡Qué de buenos manjares cayeron en la ceniza!

Jefes y escuderos saltaron de sus asientos. El oso comenzó á irritarse: el rey mandó que soltaran todas las traillas de perros que estaban sujetos con cuerdas. ¡Aquel hubiera sido un día feliz, si terminara con bien!

Con arcos y picas salieron á perseguir al oso los más ligeros y audaces, pero nadie se atrevía á tirarle por que había muchos perros. Los gritos de la multitud hacían temblar la montaña.

El oso comenzó á huir rápidamente delante de los perros; nadie podía seguirlo sino el marido de Crimilda. Lo alcanzó con la espada y le dió muerte: el monstruo fué acercado á la hoguera.

Los que veían aquello decían que era un hombre muy fuerte. Rogaron á los audaces compañeros de la cacería que se acercaran á la mesa: los héroes se sentaron sobre el mullido cespéd. ¡Ah! ¡qué magníficos manjares sirvieron á los cazadores!

Los coperos que debían servir el vino andaban muy despacio, por lo demás los héroes no podían estar mejor servidos. Sin tener entre ellos un alma perversa aquellos héroes hubieran estado al abrigo de toda vergüenza.

Así dijo el noble Sigfrido: «Me llama la atención que ya que nos traen tantos manjares de la cocina, ¿porqué los coperos no nos sirven vino? Si no se sirve mejor á los cazadores, no tomaré parte en ninguna otra cacería.»

«Yo he dado motivo para que se me atienda mejor.» Desde su asiento el rey le contestó con falsía. «Nos enmendaremos de aquello en que hoy se os haya faltado: Hagen es el que nos quiere hacer morir de sed.»

Hagen de Troneja contestó: «Yo creía, mi querido señor, que hoy se cazaría en el Spechtsharte: allí he enviado el vino. Si hoy permanecemos sedientos, en adelante evitaré que suceda.»

El noble Sigfrido dijo: «Yo os daré las gracias: siete bestias de carga por lo menos debían habernos traído el mosto y el hidromel: de no hacer esto, debimos acampar en las orillas del Rhin.»

Hagen de Troneja le contestó: «Nobles y valerosos caballeros, yo sé que cerca de aquí hay una fresca fuente y para que no os incomodéis vamos á ir á ella.» Este aviso debía causar gran pena á muchos héroes.

El guerrero Sigfrido sentía una sed abrasadora; mandó retirar enseguida las mesas para ir á la montaña en busca de la fuente. Hagen había dado su consejo con una intención pérfida.

Cargados en carro los animales que Sigfrido había matado por su mano, los trasportaron al país. Todos los que veían aquello lo felicitaban. Hagen hizo gran traición á Sigfrido.

Al comenzar la marcha hacia el gran tilo, dijo Hagen de Troneja: «Me han dicho muchas veces, que no hay nadie que pueda aventajar en la carrera al esposo de Crimilda: ¿querriais hacérmelos ver?»

Así le contestó el bueno y fuerte héroe del Niderland. «Podéis ensayarlo, pero quiero dirigirme hacia la fuente. Haremos una apuesta y se concederá el premio al que resulte vencedor.»

«Bueno, pues ensayemos» contestó el héroe Hagen. El fuerte Sigfrido replicó: «Hasta quiero acostarme delante de vos sobre la yerba.» ¡Con cuánta alegría escuchaba esto el rey Gunter!

El valeroso guerrero dijo: «Os diré más; quiero llevar mi lanza y mi escudo y todo mi equipo de caza.» Enseguida tomó su espada y su carcax.

Despojáronse de sus vestidos, quedándose ambos solo con las blancas camisas. Como dos salvajes panteras, corrieron sobre la yerba; pero se vió llegar antes á la fuente al rápido Sigfrido.

En todo conseguía el premio sobre los demás hombres. Inmediatamente se desciñó la espada, dejó el carcax y apoyó su lanza contra el tronco de un tilo: el noble extranjero permanecía cerca de la corriente.

Grandes eran los méritos de Sigfrido: colocó su escudo cerca de la fuente, pero por grande que fuera la sed del héroe no quiso beber antes que el rey: horrible pago le dieron por ello.

La corriente era fresca, transparente y buena. Gunter se inclinó sobre las ondas, levantándose cuando hubo bebido. El bravo Sigfrido lo hubiera hecho con gusto una vez más.

Muy cara pagó su atención: el arco y la espada le fueron quitadas con presteza por Hagen, que volvió corriendo para retirar la lanza, y buscó la señal en el vestido del guerrero.

Cuando el noble Sigfrido se inclinaba hacia la corriente para beber, lo hirió en la cruz señalada con tal violencia, que la sangre, brotando del corazón, manchó los vestidos de Hagen. Nunca la mano de un héroe cometió tan gran bajeza.

Dejóle clavada en el corazón la lanza. Ante ningún hombre en el mundo había huido Hagen de una manera tan vergonzosa. Cuando el fuerte Sigfrido sintió la profunda herida,

el héroe se levantó saltando con furia; el asta de la lanza le salía del pecho. Creía tener cerca de sí su espada y su arco; Hagen hubiera recibido su merecido.

El herido de muerte no hallando su espada, cogió del borde de la fuente su escudo y persiguió á Hagen: casi no podía escaparse el vasallo del rey Gunter.

Aunque la herida era de muerte, le pegó con el escudo con tan gran fuerza, que se rompió saltando por todas partes las piedras preciosas. Con gran placer se hubiera vengado el noble huésped.

Repentinamente fué alcanzado Hagen; la llanura retumbó con la fuerza de aquel golpe. Si hubiera tenido su espada en la mano, habría dado muerte al de Troneja. Su herida le irritaba y su dolor era grande.

Palidecieron sus colores; apenas podía sostenerse. Las

fuerzas de su cuerpo lo abandonaban ; en sus descoloridas mejillas , se veía la señal de la muerte. Bien llorado fué por muchas mujeres.

Cayó entre las flores el esposo de Crimilda. La sangre brotaba á torrentes de su herida. Dirigió reproches á los que deslealmente habían procurado su muerte. Las fatigas de la muerte le hacían hablar.

Así dijo el moribundo: «Viles y cobardes , ¿de qué me sirve todo lo que por vosotros he hecho , cuando así me asesináis ? Siempre os he sido fiel ; bien caro lo pago. Muy mal habéis obrado con vuestro amigo.»

« Todos los que de vosotros nazcan , lo harán sin honra desde este día ; vuestra cólera la habéis saciado bien con mi vida. Con vergüenza quedaréis excluidos del número de los buenos guerreros.»

Todos los caballeros acudieron á donde el herido estaba echado ; para muchos de ellos , aquél fué un día funesto. Los que aun conservaban algún honor , lo sentían y bien lo merecía por parte de todos el magnánimo guerrero.

El rey de los Borgoñones sentía también su muerte. El herido dijo : « Sin motivo llora el que ha cometido el crimen : gran deshonor merece y todo lo ha perdido.»

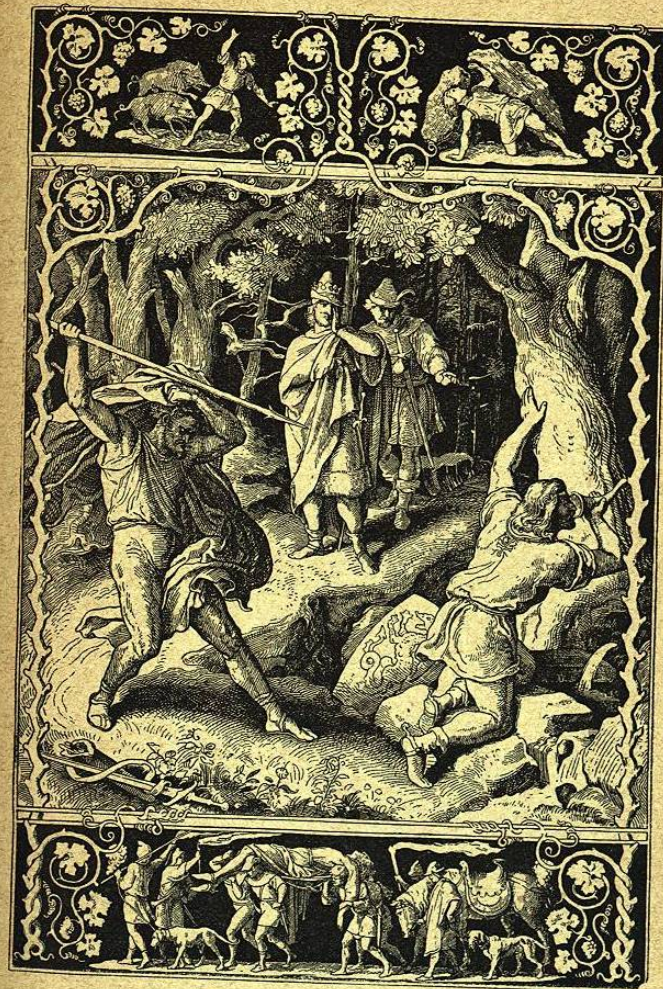
El furioso Hagen dijo : « No sé de que os lamentáis. Nuestros cuidados han tenido fin. Ya no habrá nadie que nos pueda resistir. Gracias á mí , el héroe ha muerto.»

« Fácil os es alabaros » dijo el del Niderland : « Si yo hubiera sabido vuestras perversas costumbres , hubiera defendido bien mi vida y mi cuerpo. Lo que más siento en el mundo , es el abandono de la señora Crimilda mi esposa.»

« Quiera Dios tener piedad del hijo que me ha dado , que dentro de algún tiempo oirá decir que sus parientes han matado á un hombre : esto me causa gran sentimiento.»

« Nunca un hombre ha cometido tan horrible asesinato , » le dijo al rey , « como el de que yo soy víctima. Yo defendí vuestra vida en los mas grandes peligros y desgracias : bien caro pago todo lo que hice por vos.»

El héroe , herido de muerte , añadió tristemente : « Si queréis , noble rey , hacer aún algo bueno en este mundo ,



permitid que deje encomendada á vuestro cuidado mi amada esposa. »

« Que pueda disfrutar del beneficio de ser vuestra hermana : con virtudes elevadas ha sido siempre mi compañera. Mucho tiempo me van á esperar mi padre y mis guerreros. Jamás á un amigo ni á una esposa se le causó pena tan grande. »

La fuerza del dolor le hacía agitarse convulsivamente, y dijo con voz ahogada : « De esta horrible muerte, tal vez os arrepintáis algún día ; creed mi palabra , vosotros mismos os habéis castigado. »

Las flores del alrededor estaban teñidas de sangre. Luchaba con la muerte, pero no duró mucho. El arma mortífera lo había atravesado de parte á parte. Allí debía morir el guerrero fuerte y noble.

Cuando los guerreros vieron que el héroe estaba muerto , lo colocaron sobre un escudo de oro rojo ; después se reunieron para ver como habían de ocultar que Hagen lo había matado.

Así dijeron muchos de ellos : « Nos ha ocurrido una desgracia : debemos ocultar lo sucedido y decir todos la misma cosa : Yendo á cazar solo , el esposo de Crimilda, lo han matado unos bandidos que atravesaban la selva. »

Hagen de Troneja dijo : « Yo mismo lo llevaré á la ciudad. Nada me importa que sepa la verdad de lo ocurrido, la que ha causado pena á la reina : nada se me dá de lo que pueda hacer en su duelo. »

Ahora sabed donde estaba la fuente en que Sigfrido fué asesinado. Delante del Odenwalde hay una aldea que se llama Odenhein. Allí mana todavía la fuente , no puede haber duda.

